

ba que la Teología en cuanto ciencia es «átoma»: no tiene partes. Por eso el hábito teológico es «uno»: o se tiene o no se tiene, y si se tiene, se tiene respecto de la totalidad. En esto es ejemplo eximio el Prof. Scheffczyk, como bien saben los que conocen su enseñanza oral o escrita. Tal vez sea esta su radical condición de teólogo la que explique la firmeza de su adhesión al Evangelio y al Magisterio vivo de la Iglesia en el interior de la faena de teologizar y, a la vez, la lucidez con que ha abordado los problemas intelectuales y eclesiales del tiempo presente.

La personalidad académica del Prof. Scheffczyk, que apenas he podido esbozar, su servicio a la Iglesia y a la Teología y su colaboración entrañable con nuestra Facultad explican que, al solicitar ahora para él el doctorado *honoris causa* por la Facultad de Teología, pueda yo agregar, Excelentísimo y Reverendísimo Señor, en nombre de la Facultad que represento, que el honor es para su Claustro de profesores.

II

DISCURSO DEL PROF. LEO SCHEFFCZYK

Excelentísimo y Reverendísimo Señor Gran Canciller, Excelentísimos e Ilustrísimos Señores, Señoras y Señores:

Una exigencia interior me impulsa a dar muy cumplidas gracias, ante todo, al Gran Canciller de la Universidad, el Excelentísimo y Reverendísimo Señor D. Alvaro del Portillo, así como al Excelentísimo y Magnífico Señor Rector, D. Alejandro Llano, y al Ilustrísimo Señor Decano, D. Pedro Rodríguez, por haberse dignado promover la concesión del título de doctor *honoris causa* por la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra. Semejante honor excede a cuanto le es dado alcanzar, con el propio esfuerzo personal, a un científico entregado a la investigación teológica. Es un acto de benevolente reconocimiento, que induce al homenajeado a pregun-

tarse a sí mismo por los méritos propios y por los motivos que hayan podido hacerle acreedor de tal dignidad. La respuesta no es, en sí, resultado de la capacidad personal para enjuiciar el hecho, antes bien, se apoya en la confianza que se otorga al fallo de las instancias académicas competentes, que deciden esta elección.

En esta confianza se basan los contactos personales y científicos con la Facultad de Teología que, a lo largo de más de un decenio, me fue dado estrechar y que en gran parte se deben a la mediación del ahora Ateneo Romano della Santa Croce, en el que durante bastantes años tuve el honor de impartir lecciones de cátedra. En estos años, la Universidad de Navarra, y especialmente la Facultad de Teología, ha crecido y se ha afirmado, cada vez con mayor intensidad, como un centro espiritual, que extiende internacionalmente su benéfico influjo, especialmente en el ámbito iberoamericano, en el que se solventarán muchas de las cuestiones decisivas para la Iglesia universal.

En los valiosos trabajos científicos de los miembros de esta Facultad, en las publicaciones de *Scripta Theologica* y del *Anuario de Historia de la Iglesia* he visto aflorar aquel espíritu, congénito a una ciencia teológica comprometida, al que mi modesto empeño teológico se siente obligado: la simbiosis de tradición y desarrollo, de rigor científico y sentido eclesial, de activa dedicación al cultivo del saber que mira al espíritu y entrega personal, impulsada por una fe testimonial. En el ámbito interno de la Teología, el compromiso con esta simbiosis conduce, además, a una estrecha vinculación entre historia y concepción sistemática, consideradas como «los dos ojos de la Teología», a los que se refería, en el siglo pasado, el teólogo alemán I. Döllinger y que, a su vez, han tenido una relevancia muy destacada en el quehacer científico de esta Facultad.

Como teólogo perteneciente a un país en el que, según un dicho del finado Cardenal Josef Höffner con motivo de la primera visita del Papa a Alemania, en 1980, una «tremenda ruptura con la tradición... estremece al pueblo», este compromiso se ha presentado siempre ante mis ojos, en los últimos años, de una forma cada vez más precisa. La pretensión de alcanzar la unidad en torno a los propósitos y aspiraciones básicas de la Teología la he visto realizada, de manera ejemplar, en el programa teológico y en la consecuente

puesta en práctica, por parte de la Facultad de Teología de esta Universidad. Este ha sido el motivo de la vinculación interior con esta Facultad, cuyo trabajo he seguido con alta y creciente estimación y que al honrarme hoy con este homenaje me hace contraer una deuda especial de gratitud.

Fue un autor alemán, Peter Berglar, quien, en un inimpugnable trabajo científico, dijo de la Universidad de Navarra, y por ende de su Facultad de Teología, que ésta era «un hijo muy especial y tiernamente querido» de su beato Fundador. Significa para mí un honor y una distinción no común, el hecho de ser simultáneamente acogido dentro de esta filiación, como hijo adoptivo, por medio de este acto solemne. Por ello deseo, de todo corazón, dejar testimonio de mi profundo agradecimiento.

III

PALABRAS PRONUNCIADAS POR EL PROF. JOSÉ LUIS ILLANES, EN ELOGIO DEL PROF. TADEUSZ STYCZEN

Excelentísimo y Reverendísimo Señor Gran Canciller:

Hace ya varios años tuve ocasión de conocer en Roma al Prof. Tadeusz Styczen. En aquella primera conversación, a la que luego siguieron otros encuentros, pude comprobar su cordialidad humana y su profundidad científica. Es por eso para mí especial motivo de alegría presentarle, en nombre de la Facultad de Teología, como candidato al máximo galardón académico que otorga la Universidad: el doctorado *honoris causa*.

El Prof. Styczen nació en Wolowice, cerca de la histórica ciudad de Cracovia. Allí realizó estudios en la Facultad de Teología de la Universidad Jagelónica hasta que, en 1954, el gobierno de la República Popular de Polonia suprimió esa Facultad. Completada la Teología en otras instituciones docentes, se trasladó a la Universidad Católica de Lublín, donde frecuentó la Facultad de Filosofía. Allí,